

La interpretación, en Sábato, es casi siempre un «descenso al misterio primordial de la condición humana», un descenso a nuestro propio infierno. El monólogo interior representa, por tanto, un ejercicio tendente a aplazar o amplificar los dilemas en los que se agitan los seres humanos. La existencia es representada así como una ilusión suprema, que la escritura, la aptitud a la conciencia —extendida hasta los acodos de lo inútil o lo insignificante— traduce a drama. La apología del drama amplifica, por su parte, los tonos, las dimensiones del drama mismo y los asimila a la fantasía, a la atracción ejercida por la huida (real o imaginaria) sobre los seres humanos. La escritura hace crecer los perfiles de las cosas, las funde, las aísla en un diseño que puede encontrar o no una referencia concreta en las contribuciones de la ciencia (de la inventiva) y de la técnica (de los sistemas de aplicación). Lo fragmentario de la experiencia priva en la proyectualidad engañosa de esos puntos de referencia (Dios, la Nada) de los que se derivan las convicciones y las creencias. Lo absurdo es el dominio de la indecisión: todo es posible, todo se puede cumplir o se puede reenviar a una dimensión conceptualmente impropio. La escritura tiene la tarea de registrar estos actos inacabados del hombre, de connotar los desconciertos y los desequilibrios (psíquicos y sociales) y de interconexionarlos con aquellas centrales de emisión de energía, que son los yo confusos y solitarios, para delinear un Universo falto de las divisiones y de las sucesiones corrientes.

A través de abismos insondables tendemos temblorosos los puentes, nos transmitimos palabras sueltas y gritos significativos, gestos de esperanza o de desesperación. Y alguien como yo, un alma que siente y piensa y sufre como yo, alguien que también está pugnando por comunicarse, tratando de entender mis mensajes cifrados, también se arriesga a través de frágiles puentes o en tambaleantes embarcaciones a través del océano tumultuoso y oscuro (9).

La escritura, para Sábato, representa el sustituto inorgánico de la sagrada representación: la conciencia del mal, como oscuridad o ceguera del conocimiento, parece favorecer lo absurdo del conocer y del actuar. Cuanto más hunde el ser su mirada en lo secreto del cosmos, tanto más sufre, se debate en pensamientos acongojados sobre la causalidad y repetitividad de las cosas. En Sábato parece afianzarse la convicción de que sólo la escritura —la narración— consigue hacer explícito el conflicto latente en toda conciencia sobre la oportunidad de adherirse o no a las convenciones, de vivir las ilusiones,

---

(9) Ernesto Sábato: *El escritor y sus fantasmas*, cit. p. 15.

de creer en las expectativas. El Universo interior, sobrentendido o escondido, parece una Atlántida dispersa en un océano tempestuoso: el hombre tiene la sensación de no poder hacer mucho contra los acontecimientos, los espejismos y las lisonjas de la renunciación, de la ataraxia. La Atlántida probablemente se ha dispersado en la imaginación nocturna de la humanidad y de vez en cuando aparece en la superficie como un reproche o una meta que es difícil de alcanzar.

El temor parece estar demonologizado por la obsesión. La obra narrativa de Sábato se convierte en algunas partes en un cuadro clínico, en una alegoría del mal oscuro que todos padecen y tienen en común. La comprensión se convierte en complicidad, necesidad de expiación y expectativa. Curarse completamente de la enfermedad que oprime a la humanidad —más bien que atravesarla— es casi imposible y hasta indeseable. En el dolor la humanidad inventa un código alternativo (y persistente) respecto al utilizado en la llamada normalidad. Los hombres en la vida diaria se enfrentan, se afligen y se suprimen recíprocamente. Están oprimidos por las inclinaciones de la estirpe de Caín: el mal necesario ilusiona sobre la necesidad —si no sobre la oportunidad— de acciones definitivas. Pero el verdadero complejo de culpa empieza antes de que se cumpla la tragedia, cuando el homicida —el fratricida— se prepara a subir a la escena del drama, cuando derribando la cortina de sus pensamientos (casi partiendo las neblinas de un país inexistente) presenta opiniones, arriesga principios regidores, matrices neurálgicas de actos inconsiderados y necesarios. La necesidad se tiñe de sangre; la vocación al martirio se connota de pensamientos disolutos, de invocaciones. La pasión se convierte así, no en una incursión en la realidad, sino en una espera: una espera meditativa, que explora los sentimientos, las actitudes, los acondicionamientos de los potenciales cómplices o adversarios. La complicidad del cautivo con una idea aparentemente inadmisibile actúa como línea de división entre lo lícito y lo ilícito, de ilusorio que aspira a convertirse en concreto. Sábato aspira a configurar —representar con figuraciones— el tortuoso itinerario de las ideas y el complejo origen de los acontecimientos que parecen afectar a los actores en el estado de conciencia. En efecto, la extrañeza de los seres respecto a los acontecimientos constituye el mal: lo que ocurre, aunque imprevisto, es parte del mismo (acongojado) magma de la subconciencia.

Así, al volver el hombre del siglo XX la mirada hacia un mundo hasta ese momento casi desconocido, como es el subconsciente, era inevitable y legítimo el empleo del monólogo interior. La novela de hoy se propone fundamentalmente una indagación del